

Kosma mesagô

Arnau Donaire

Kosma Mesagô

Arnau Donaire



Capítulo 1

Más allá

El sonido de mis tacones resuena por el pasillo metálico mientras avanzo hacia la puerta.

El chirriante ruido de la compuerta abriéndose, da paso a una fresca brisa marina que hace volar mi melena de forma descontrolada, tapando la mitad de mi cara. Salgo a cubierta y camino hacia la solitaria proa del ferri para divisar mi destino.

Apoyada en la barandilla contemplo la escena nocturna: a mi espalda las luces de Algeciras se despiden silenciosas, mientras al frente las de Ceuta parecen llamarme, susurrando como las sirenas que cantaban a los marineros para atraerlos a su fatídico destino.

—Non terrae plus ultra —digo en voz alta sin pensar.

Este trayecto marítimo alienta mi imaginación. Los dos peñones que me rodean ahora mismo eran considerados antiguamente como «Los pilares de Hércules»: esas columnas mitológicas que marcaban el fin del mundo conocido; más allá de ellos, los marineros solo podían aventurarse y quedar a merced de lo desconocido y de temibles monstruos marinos que los aguardaban pacientemente.

Tan arraigada está esa leyenda en nuestra cultura, que los dos pilares y la frase Plus ultra llegaron a incorporarse en el escudo nacional. Esa época de misterios y navegación rumbo a lo desconocido se me antoja de lo más

apropiado a las circunstancias de mi viaje, pues en cierta manera me siento también navegando por los límites de lo desconocido.

Llevo la mano a un bolsillo de la gabardina y remuevo todo el contenido en busca de tabaco y un encendedor. A pesar del viento consigo prender un cigarrillo sin problemas, mi encendedor de gasolina nunca me ha dejado tirada. Doy unas profundas caladas e intento ordenar las ideas mientras exhalo el humo con calma. La verdad es que estoy muy animada ante la presentación de este libro, que promete ni más ni menos que revolucionar el género de terror. Como amante del suspense y de la crítica literaria no puedo perderme por nada del mundo este evento. Afortunadamente en mi revista consiguieron un pase, estaban muy solicitados y se agotaron enseguida.

Meto la mano en el otro bolsillo y repito el ritual tanteando en busca del terminal RIM 957 que me dieron en el trabajo. Una vez encontrado, lo saco y comienzo a repasar algunas cosas. En primer lugar miro la agenda y confirmo que mañana a primera hora tengo cita con un representante de Ediciones Sagitario para la entrevista en el mismo lobby del hotel donde me hospedo. Con la rueda del lateral del dispositivo voy desplazándome por el menú de la pantalla hasta la sección de correo. Reviso los datos del hotel y del evento de presentación de ese misterioso libro que tendrá lugar allí mismo. Uno de los últimos correos contiene lo que podría ser un extracto de la extraña obra.

De: Pluma maldita.

Para: Samanta Sanchez.

Asunto: Posible fragmento de Kosma mesag^o.

Cuentan los expertos que en el mismo centro de nuestra galaxia existe un agujero negro, supermasivo, con una masa equivalente a 40 millones de veces la de nuestro Sol; esta brutal entidad se encuentra rodeada de un plasma de materia y estrellas, que orbitan a su alrededor a una velocidad descomunal, mientras desgarr furiosamente el tejido del espacio y el tiempo mismos.

No parece quitarle el sueño a la gente común el hecho de que todos estemos flotando a la deriva en el vacío, dando vueltas a semejante

bestia de las profundidades cósmicas.

Pobres ingenuos, no saben que el disco de plasma que lo rodea irradia frecuencias muy fuertes y que estas se extienden inexorablemente por toda la Vía Láctea, llegando incluso hasta nuestro planeta. Yo las he sentido claramente, las he tenido en mi cabeza, ellas me han sentido a mí y me han dicho que escriba. Este es el mensaje que viene más allá de las estrellas y para el que no estamos preparados.

Salgo de la aplicación de correo y regreso el dispositivo a mi bolsillo. Nadie puede afirmar que el texto que me han enviado desde mi revista realmente pertenezca a ese libro. Estoy muy intrigada por asistir a su presentación y descubrir que hay detrás de todo esto. Me llama poderosamente la atención que un escritor novel, completamente desconocido, vaya a hacer una presentación de su primera obra con una tirada de quinientos ejemplares prerreservados y esté planificada ya una segunda tirada a nivel mundial. En el mundo literario eso es prácticamente un milagro, no tiene sentido. Seguramente los rumores que circulan por internet han contribuido mucho a su éxito: un misterioso autor que escribió bajo los efectos de opiáceos crea una obra maldita que trastoca mentalmente a todo aquel que intenta leerlo. Sin duda es una buena publicidad para una obra de terror que ha llamado tanto la atención de todo el mundo.

Parece que estamos cerca del muelle así que tiro el cigarrillo al suelo, lo pisoteo y regreso al interior para desembarcar con el resto de pasajeros. Unos pocos vehículos desfilan por la rampa mientras el resto de pasajeros cargados con maletas abandonamos la embarcación esparciéndonos por el muelle. Al fondo hay personas esperando a sus familiares o amigos al lado de una hilera de coches aparcados. Entre ellos diviso a un hombre con un cartel que reza Samanta Sanchez.

Me presento ante el chofer que enseguida toma mi maleta, la carga en el maletero y me lleva raudo a mi destino. Las calles de Ceuta pasan rápidas por la ventanilla; mañana tendré ocasión de explorar y pasear por ellas tranquilamente. El viaje es más bien corto y enseguida llegamos al hotel.

Al salir del vehículo, observo varias tiendas de campaña en los alrededores del edificio, no imaginaba que hubiera tanta miseria en esta zona céntrica. Doy un vistazo rápido al letrero con el nombre del local: Hotel Meguidó. Segura de la ubicación doy las gracias al chofer, tomo mi maleta y avanzo hacia la puerta.

Mis tacones resuenan ahora en el silencioso recibidor del hotel. A un lado hay sofás, una zona de muebles modernos y una barra con taburetes y botellas con todo tipo de bebidas alcohólicas.

Al fondo hay dos grandes puertas, una da a un salón con mesas que debe de hacer la función de comedor, la otra da a una sala provista de filas de sillas que seguramente es donde tendrá lugar la presentación del libro. Para más señas, un cordón dorado cuelga de dos postes cerrando el paso y al lado hay un pendón con el título del libro.

Al otro lado está la recepción donde una amable sonrisa me espera.

—Buenas noches.

—Bienvenida, Samanta Sanchez, ¿verdad?

—Así es.

—Aquí tiene, es la primera planta. Este es su pase para la presentación. Recibirá un ejemplar del libro el mismo día.

—Muchas gracias.

Camino hacia el ascensor con la llave y la tarjeta de acreditación con su cordón colgando en la mano. El ascensor se detiene bruscamente al llegar a mi planta. La habitación está a mitad del pasillo y da a la calle principal. Deshago la maleta y la dejo en un rincón, doy un vistazo a la habitación, todo se me antoja de mi agrado. Coloco en la mesita de noche un par de libros, tengo la costumbre de llevarme lectura cuando viajo para disfrutarla en los momentos relajados antes de dormir. Miro las cubiertas de los libros elegidos para este viaje: El Rey de Amarillo, de Robert

Williams y El Sabueso de H.P Lovecraft.

Me tumbo rendida en la cama, esta noche estoy demasiado cansada para leer. Llevo varias noches sin dormir, espero tener más suerte hoy.

Mi mente divaga y comienza a darle vueltas a las cosas, a las preocupaciones que florecen, mezclándose por la inquietud y la curiosidad que despierta este extraño evento, se suma, además, una extraña sensación de que algo no va bien. Las horas pasan mientras mi vista se mantiene fija en la ventana, los colores van cambiando lentamente en el cielo pasando por una variada gama de tonalidades y finalmente un violento ruido me hace levantar sobresaltada cuando me doy cuenta de que la ventana está rota y los cristales esparcidos por el suelo.

Capítulo 2

Dos días para el evento

Me incorporo de la cama de un salto y camino con cuidado entre los cristales para no cortarme. Me asomo cautelosa por la ventana para intentar ver qué está pasando fuera. Se oyen varias voces alteradas y consigo ver a gente corriendo de un lado a otro de la calle y gritando frenéticamente. Por si acaso, me aparto rápidamente de la ventana, vuelvo a caminar despacio sorteando los cristales, me arreglo lo más rápido que puedo y tomo el ascensor para contar en recepción lo que ha pasado. El chico que está atendiendo me explica que hay grupos de personas extrañas merodeando en el exterior del hotel desde que se anunció que se haría el evento, asustan a los clientes y a veces lanzan objetos contra la fachada. Me indica que la policía está al tanto y suele patrullar por la zona, que no me preocupe y que subirán a arreglar los destrozos de la habitación.

Su explicación no me deja demasiado tranquila, pero decido no pensar en ello por un momento y paso a la sala del comedor donde están sirviendo el desayuno.

A estas horas ya hay varios clientes a las mesas comiendo y dando vueltas de un lado a otro con su bandeja, en busca de nuevas víctimas entre las opciones que ofrece el bufé.

Al acercarme a las mesas donde está dispuesta la comida para ver que tienen noto cómo se me está formando un nudo en el estómago, de modo que me decanto por tomar solo un café bien largo y comer un poco más tarde. Una vez preparada mi fuente de cafeína camino con la taza por la sala en busca de un buen sitio.

Voy mirando a un lado y a otro y durante mi búsqueda observo algo que me llama la atención: uno de los clientes tiene una acreditación del evento en su mesa, seguramente acaba de llegar, así que decido sentarme cerca. Una vez a su altura, antes de sentarme le pregunto por un periódico que hay en su mesa y me indica que puedo llevármelo. Agradecida lo tomo. Aprovecho para observar un poco más la mesa. Al lado de la acreditación

está su tarjeta de habitación, parece que está en mi pasillo.

Dejo el café y el periódico en mi mesa, me siento y comienzo a leer distraída.

Doy un vistazo a las noticias más relevantes entre sorbo y sorbo. Ladeo discretamente la cabeza y miro de reojo al hombre que tengo al lado, está leyendo muy concentrado un libro bastante extenso y con letra pequeña.

Miro de nuevo el periódico y menciono en alto como si leyera para llamar su atención.

—Menudo año, Michael Jordan se retira, el grupo terrorista E.T.A. acaba la tregua, la Nasa pierde el contacto con la sonda Mars Climate Orbiter... ¿qué más puede suceder?

—Bueno, bueno, recuerde usted que el día uno podrían volverse locos todos los ordenadores con el Efecto 2000, así que... —me responde mi vecino de mesa.

—Pues no parece un futuro muy alentador... Disculpe, ¿va a asistir a la presentación del libro?

—Sí, efectivamente —indica después de dar un vistazo involuntario a su acreditación.

—Disculpe mis modales, soy Samanta Sanchez, periodista y crítica literaria.

—Encantado, Manuel Malcorra. Investigador del cielo profundo.

—Un placer. Si me permite la pregunta, ¿qué le ha llamado la atención para asistir a esta presentación?

—¿Bromea? ¡Una obra que promete desvelar todos los misterios del cosmos! Se habla muchísimo sobre este libro en mi sector, así que no he podido resistirme a venir y descubrirlo en primicia.

—Qué expectativas tan altas, ¿realmente cree que va a descubrir algo satisfactorio o será todo humo y no habrá nada detrás del marketing?

—Realmente no tengo expectativas, pero me gusta leer, tengo curiosidad y ha sido una buena excusa para unas vacaciones.

—Muy buena excusa, sin duda. La verdad es que el misterio que envuelve el libro lo hace muy atrayente, y si realmente habla sobre el cosmos, tendrá muy buena ambientación para una historia de terror.

—A mí me apasiona el universo, cuanto más descubro, más consciente soy de lo poco que sabemos y más quiero aprender.

—A mí me parece sombrío, estremecedor. La grandiosidad del universo nos recuerda lo insignificantes que somos, cuanto más somos conscientes de lo que nos rodea, más nos damos cuenta de lo hostil que resulta ser. De hecho conocer datos como que el Sol acabará colapsando y destruyendo todo el sistema solar es poco esperanzador para la humanidad.

—Desde luego es usted muy dramática, aún quedaría muchísimo tiempo para eso que dice; y quién sabe qué podría pasar, quizás con el tiempo podamos recargar el Sol para que no se acabe nunca.

—Vaya, ¿gasolineras galácticas?, ¿cómo se podría recargar el Sol, con una gran manguera?

—Bueno solo son detalles sin importancia. El hecho es que algo parecido está sucediendo constantemente en el universo: lo llamamos «estrellas vampiras», astros que están muy cerca de otros y absorben con su gravedad plasma de su vecino.

—Estrellas vampiras, me gusta la idea... es que me encanta el género de terror —indico sonriendo.

Miro mi reloj de pulsera y me doy cuenta que he de asistir a la entrevista, que por suerte tendrá lugar a pocos metros. Me despido del investigador de cielo profundo y salgo de la sala para regresar al recibidor. En uno de los sofás hay un hombre trajeado que se levanta al verme, así que camino hacia él.

—Samanta Sánchez.

—Encantado, Enrique Castelo. Tome asiento —me indica, señalando un sofá.

—Muchas gracias por atenderme —indico mientras extraigo mi dispositivo electrónico para tomar notas.

—Un placer atenderla y contento de que haya decidido asistir a la presentación.

—Encantada de poder asistir. ¿Qué nos puede anticipar sobre el evento, qué nos vamos a encontrar?

—No quiero anticipar nada para no romper la magia que lo rodea, pero va a poder conocer una obra excepcional. En Ediciones Sagitario estamos muy contentos con el lanzamiento, nos encontramos ante una obra que ha despertado el interés de todo el mundo, y como ya debe de saber hay una tirada a nivel mundial en marcha. Sin duda será un best seller sin precedentes que romperá todos los récords.

—Desde luego, esta obra no ha pasado desapercibida para nadie. Me gustaría que nos contara un poco sobre su autor. Hasta ahora no se sabe absolutamente nada de él.

—No quiero anticipar nada aún, en la presentación podrá conocerlo y saberlo todo sobre el autor de primera mano.

—Pero ¿se trata realmente de un autor novel o bien es alguno de vuestros escritores estrella bajo algún pseudónimo?

—Por ahora puedo confirmar que estamos ante la primera obra de este nuevo y prometedor autor y que esta es su primera obra; nadie sabía de él, fue una auténtica suerte que nos contactara.

—Disculpe mi incredulidad, pero ¿cómo pudieron apostar tan fuerte por un escritor desconocido? ¿Tan buena es realmente esa obra? ¿La ha leído personalmente?

—Le voy a confesar algo —indica, inclinándose un poco hacia mí y bajando un poco la voz simulando que contara un secreto—. Nadie ha leído la obra

entera.

Mi cara debe de ser un auténtico poema, pero parece que Enrique está disfrutando el momento y continua su explicación incorporándose en el sillón.

—La verdad es que nos sorprendió de una manera increíble la cláusula que impuso el autor: nadie podía leer o trabajar con más de un capítulo del libro; ni correctores, ni maquetadores, ni traductores, nadie. No puedo negar que sonaba tremendamente pretencioso por parte de un auténtico desconocido solicitar algo tan excéntrico que no se concede ni a los más consagrados autores. Pero, cuando leí el primer capítulo, me enganché; una sensación de vacío se apoderó de mí, necesitaba leer más. En ese momento supe que teníamos que apostar por él, que estábamos frente algo nunca antes visto. No sabe las ganas que tengo de tener la obra entera en mis manos y leerla.

Realmente no sé qué decir ante esa revelación, su declaración me deja atónita, así que mi interlocutor concluye:

—Bueno, ya solo nos queda esperar, la veré en la presentación, no se le ocurra perdérsela por nada, nunca volverá a suceder algo igual, se lo aseguro.

Me despido de Enrique y salgo del hotel algo confundida, ahora tengo más dudas que antes y mi expectación crece. Fuera el ambiente está un poco más calmado. Las personas de las tiendas de campaña que había visto ayer están merodeando por los alrededores, algunos portan pancartas de protesta por el libro que va ver la luz, y entre ellas alguna con un aire un poco apocalíptico. Me sumerjo entre ellos y voy haciendo preguntas y anotando en mi dispositivo. Saco mi cámara Polaroid y tomo algunas instantáneas de la fachada del hotel, con mi ventana aún rota; de algunos de los manifestantes y de sus creativas pancartas.

Ahora dirijo mis pasos hacia el centro de la población pues tenía ganas de visitar la ciudad. En una esquina contemplo una cabina telefónica, así que aprovecho la ocasión para hacer una llamada. Entro y cierro la puerta tras de mí. Reviso en mi monedero, rebuscando entre el tintineo de las

monedas. Saco unas cuantas y las voy insertando, pensando en lo poco que va a tardar en tragárselas todas. De todas maneras quiero deshacerme de las pesetas que me quedan antes de que dejen de estar en circulación.

Marco el número y llevo el auricular a mi oído. Tras varios tonos, por fin aceptan la llamada.

—¿Diga?

—Hola papá, ¿cómo estás?

—Hola cielo, me tenías preocupado, no me gusta que viajes lejos.

—Pero, si literalmente estoy en el mismo país, no seas dramático por favor. Estoy bien, no te preocupes. ¿Te estás tomando la medicación?

—¿Estás tomando tú la tuya?

—Pórtate bien por favor, pronto estaré en casa. Besos.

Cuelgo y varias monedas caen ruidosamente en la cazuela del cambio. Recojo las monedas y continuo con mi ruta. Estoy llegando a la plaza de la Constitución, uno de los puntos de interés que tenía marcado en la guía de la ciudad. En ella hay un monumento dedicado a Hércules y las columnas del fin del mundo. Tengo entendido que es una de las esculturas de bronce de temática mitológica más grande del mundo. Saco la Polaroid y tomo varias instantáneas. Las agito un poco al aire y observo complacida el resultado. En mi afán de deshacerme de más monedas pienso en comprar un tentempié en algún puesto callejero y sentarme en

alguna esquina que tenga una buena sombra para comer un poco por fin.

Paro en un puesto ambulante para comprar algo que se vea bien apetitoso. Me decanto por un bocadillo popular: el campero. Se trata de pollo servido en un pan tipo mollete, pasado por la plancha, con muy buena pinta. Camino por la plaza salivando por el buen olor que desprende el bocadillo, mientras me dirijo a un sitio tranquilo y sombreado para sentarme. Una vez encuentro un sitio digno de mis posaderas, saco una guía de la ciudad de mi bolso y doy un vistazo para ver qué podría hacer durante mi visita mientras voy mordisqueando el campero. Miro los puntos de interés y luego el dibujo del mapa para ver itinerarios interesantes. No sé por qué miro tanto, al final suelo dejarme llevar y caminar sin rumbo por las calles de ciudades desconocidas.

Levanto un momento la vista y mi mirada se cruza con la de un hombre que está sentado frente a mí. Su mirada es fija y aterradora, vuelvo a mirar el mapa e intento ignorarlo completamente, pero noto una extraña sensación y vuelvo a levantar la vista. Sigue mirándome fijamente con los ojos desorbitados. Incómoda, guardo todo en el bolso, me levanto y me pongo en marcha para alejarme de ahí. Camino con pisada firme cruzando la plaza en tiempo récord y entro en una calle, a mitad de la misma lanzo lo que me queda por comer a una papelería, creo que he perdido el apetito. Al llegar a la primera esquina paro y me giro; para mi disgusto el hombre de antes está caminado hacia mí con un gesto que me da mal rollo. Me doy la vuelta y acelero el paso. Cruzo un par de calles alterada sin mirar por dónde voy. Vuelvo a girarme y ahí está siguiéndome de nuevo. ¿Se va a pasar así todo el día o qué?

Reanudo la marcha y cruzo a otra calle diferente, esta es muy larga y estrecha, no hay un alma a la vista y el hombre extraño está cada vez más cerca. Acelero el paso preocupada, no hay nadie cerca excepto ese loco, y la calle es muy larga, me acabará alcanzando sin remedio.

De golpe veo a mi lado un local, una tetería. Paro bruscamente y entro de golpe, cerrando la puerta tras de mí. El extraño hombre se para un momento, parece que vacila y acaba por irse.

Suspiro y me giro. Un grupo de hombres fumando narguile me mira en silencio. Me adentro hacia la barra y le pido un té al hombre que atiende. Me siento en una mesa tranquila, saco mi dispositivo y comienzo a

redactar un correo con el resumen de lo que he descubierto. Quiero dejar preparado un artículo, justo antes del evento, para alimentar la expectación de los lectores. Explico cómo se mantiene el misterio hasta el mismo día de la presentación, cómo hay personas que han acampado fuera para protestar por la publicación diciendo que ese libro es un peligro y poco más que el fin del mundo. Me sirven el té, parece que tengo buena cobertura, así que envío un correo con el resumen a los editores de mi revista para que puedan avanzar el artículo. Mientras se envía comienzo a tomar el té y a calmarme un poco. ¿Será verdad que el final de este año nos presagia algo malo?

Parece que están sucediendo demasiados cambios en tan poco tiempo.

El tiempo pasa, el sol cae como el nivel del té, que ya está en el fondo. Miro a la puerta, preocupada. Voy a la barra a depositar el importe de la bebida y aprovecho para preguntar al hombre bigotudo de la barra si puede llamar por teléfono y pedir un taxi que venga a buscarme. El hombre asiente, toma un teléfono que tiene debajo de la barra y hace una llamada. Me indica que en un momento llegará.

Efectivamente, al poco rato un vehículo para frente a la puerta. Salgo despidiéndome agradecida.

Cruzando la puerta me encuentro un taxi parado en medio de la solitaria calle. Subo y doy la dirección del hotel. Las calles de Ceuta desfilan por la ventanilla mientras solo pienso en darme una buena ducha; me siento profundamente agotada. Paramos en la misma puerta del hotel, saco de mi cartera unos billetes y los entrego denegando el cambio; el conductor agradece la propina. Abro la puerta, asomo el primer pie y me impulso para salir del vehículo cuando un ruido ensordecedor me hace caer al suelo. Levanto la vista desde el suelo y veo horrorizada como

hay una persona incrustada en el destrozado techo del taxi; la sangre de Manuel, el explorador del cielo profundo corre por el chasis del coche.

Capítulo 3

A un día para el evento

Estoy sentada en uno de los sillones del recibidor del hotel con la mirada perdida en el dibujo que forman las juntas de las baldosas del suelo. Hay una muchedumbre de gente ansiosa andando de un lado a otro por la sala mientras agentes de policía van interrogando a las personas que vieron algo como hicieron conmigo. Aún me cuesta digerir lo que está pasando, me resulta todo tan irreal... no puedo pasar más tiempo aquí, solo tengo ganas de subir a mi habitación y olvidarme de todo.

Al salir del ascensor siento una corriente de aire fuerte mientras avanzo por el pasillo. Antes de llegar a mi habitación encuentro una puerta abierta; en el interior los ventanales están abiertos de par en par propiciando esa corriente de aire mientras las cortinas ondean furiosamente. Algo hace que me detenga al llegar a la altura de la puerta. Creo que esta es la habitación del difunto Manuel. Mi mirada se adentra y queda atrapada por un detalle que me llama poderosamente la atención: en la mesa al lado de la ventana hay un libro que se me hace familiar, los colores de la portada son iguales al pendón que hay en recepción y el título consta de dos palabras ¿es un ejemplar de Kosma mesagô? La puerta comienza a ceder al viento y se cierra dando un portazo que me sobresalta. Avanzo un poco más y entro en mi habitación.

Me tumbo en la cama con la seguridad de que hoy tampoco voy a poder pegar ojo, desfilan por mi mente ideas que me torturan, como la ventana de mi habitación rompiéndose una y otra vez, Manuel mirándome fijamente desde el techo del taxi y la portada de ese maldito libro. Las tonalidades del firmamento cambian rápidamente a través de la ventana y el silencio de la calle queda truncado por un ruido cada vez más notable.

Me levanto agotada y me asomo con cierta prudencia. En los alrededores del hotel hay una cantidad enorme de personas que se están uniendo a las protestas. Estoy muy inquieta y ya no podré descansar nada, así que voy al baño, me doy una ducha rápida y bajo sin secarme el pelo.

Hoy consigo tomar un desayuno rápido y ligero. En la sala hay más personas que ayer, pero reina un silencio aterrador; solo se pueden percibir algunos cuchicheos en tono muy bajito, alguien tosiendo y el ruido de los cubiertos. Las caras denotan cierta preocupación y se respira una sensación de que algo no va bien. No quiero ni pensar en el impacto para aquellos que hayan podido llegar recientemente.

Salgo de nuevo a la ciudad provista de todo, aunque hoy no tengo humor para hacer fotos.

Deambulo sin rumbo por las calles como me suele gustar, dejándome impresionar por las sorpresas que pueda encontrar en cada esquina.

En un calle veo un locutorio. Decido entrar y pido que me activen un ordenador para poder usarlo una hora. Tras dejar unas cuantas pesetas más me siento en mi silla, extraigo mi dispositivo por si encuentro algo interesante, abro un buscador de contenido y comienzo a investigar un poco sobre el libro. Había oído algunas cosas antes de que me enviaran a cubrir el evento, pero no le presté demasiada atención.

Comienzo por el título de la obra, verifico que está escrito en Esperanto. Ese idioma nació en el año 1887 con la idea de convertirse en una alternativa internacional fácil de aprender. ¿Quizás se eligió ese idioma para recalcar una intencionalidad universal, que está dirigido a todo el mundo?

Encuentro una gran cantidad de información, pero muy confusa, muchos foros se jactan de tener borradores reales de la obra, sin embargo, todos están escritos con estilos diferentes y se siente que han sido redactados apresuradamente, lo que me hace pensar que seguramente todos son falsos. Luego hay muchos rumores de borradores reales ubicados en el deep web a los que solo se puede llegar conociendo a ciertas personas, y afirman que aquellos que han decidido leerlo han acabado quitándose la vida. En este punto no puedo dejar de pensar en el explorador del cielo profundo, ¿realmente habrá leído un ejemplar real de ese libro?, ¿sería ese el motivo por el que se lanzó por la ventana?

Sobre el autor no hay prácticamente ningún dato. Se le atribuyen varios supuestos pseudónimos, pero no hay ninguna publicación por su parte en ningún foro. También hay muchos grupos que animan a organizarse y evitar la salida del libro, pues, supuestamente, representa un grave peligro para el mundo. Más o menos son las mismas ideas que me comentaron los manifestantes que están acampados fuera del hotel. Están realmente convencidos de que estamos ante algo más que la publicación de un libro de ficción y que, de una manera u otra, supondrá algo muy malo para todos.

Doy un vistazo a mi dispositivo y reviso algunas conversaciones que transcribí en las notas.

Más o menos eran bastante parecidas. Leo la primera en voz baja.

“Hola, ¿qué estáis haciendo aquí?”

“Hemos venido para avisar a todo el mundo, todos han de saber el peligro que corremos por lo que va a pasar allí dentro.”

“¿Se refiere a la presentación de la novela de terror?”

“Sí, pero no se deje engañar, no es un simple entretenimiento, esa obra acabará con todos nosotros.”

“¿Cuánto tiempo lleva aquí acampado?”

“Yo llevo tres días, algunos compañeros llevan más tiempo.”

“¿Por qué piensa que ese libro puede ser peligroso?”

“Llevo tiempo siguiendo las advertencias por internet, se está formando un movimiento de respuesta, porque estamos a punto de entrar en un nuevo milenio y vienen momentos oscuros. Hay fuerzas que no podemos ni comprender detrás de todo esto. Lo crea o no, es así, de modo que nos hemos reunido aquí para denunciarlo.”

“Disculpe, pero ¿no cree que sus protestas pueden llegar a tener un efecto contrario al que desean, es decir que contribuyan a la fama del libro y que de esa forma aumente la expectación de los posibles lectores?”

“Pasará lo que tenga que pasar, pero yo no podía quedarme en el sofá de mi casa. Nadie podrá decir que no estaban avisados.”

“Muchas gracias por su tiempo. ”

Levanto la mirada y contemplo el monitor del ordenador, un mensaje emergente en la pantalla me indica que se me está acabando el tiempo de uso y me anima a depositar más dinero en recepción. Hago un par de anotaciones en mi dispositivo y abandono el local.

Siguiendo con mi paseo realizo una breve parada para hacerme con otro campero en un puesto callejero y voy mordisqueando mientras deambulo por las calles. Mentalmente hago una valoración de posibles itinerarios, me planteo si ir caminando hasta alguna zona un poco más remota como la del Castillo del Desnarigado, o quizás la del faro Punta Almina, un poco más adelante, cuando comience a bajar el sol.

Por desgracia diviso una cara conocida. Otra vez esa mirada fija se clava dentro de mí y el perseguidor de ayer camina hacia donde me encuentro.

No puede ser verdad, mira que tengo mala suerte ¿qué le ha dado a ese hombre conmigo? Me doy la vuelta y camino rápido, cambiando de rumbo constantemente por varias calles tortuosas, con la esperanza de perderlo o que desista, pero eso no le detiene.

Miro de nuevo atrás y confirmo agobiada que el tipo me sigue insistentemente. Cruzo una esquina más y entro en una calle conocida, estrecha, larga y solitaria. Supongo que repetiré la estrategia de ayer. Cada vez oigo sus pisadas más cerca de mí así que acelero el paso, no pienso dejarle margen de acción. Ya estoy llegando a la altura de la tetería, intento abrir la puerta y me doy cuenta de que el local se encuentra hoy cerrado. En ese breve instante, en que soy consciente de mi situación, se me hiela la sangre. Reanudo la marcha, pero sé que estoy vendida , el camino es demasiado largo y ya me está alcanzando.

Rebusco por mi bolso sin disminuir el paso hasta tocar el bote de espray pimienta. Lo agarro con fuerza y me giro exhibiéndolo en alto mientras lanzo un grito.

El individuo para a pocos metros, me señala y comienza a vociferar.

—Tú, tú estás en ese hotel y haces muchas preguntas a la gente. Debes de ser periodista o algo así. ¡No basta con contar lo que pasa! ¿No lo entiendes?, tienes que evitarlo, tienes que evitarlo.

Me mantengo en postura defensiva, respirando muy fuerte, mientras veo que recula y se va por donde ha venido. Me quedo inmóvil hasta que desaparece, y suspiro muy fuerte.

Guardo el bote en el bolso e intento calmarme un poco. Lo mejor será regresar al hotel, pero no tengo ganas de volver a encontrármelo, así que me muevo con cautela, mirando cada vez que paso a una calle nueva.

Finalmente alcanzo la plaza donde está el hotel y cruzo rápidamente entre la multitud de manifestantes y un pequeño cordón de policías que rodea la puerta.

En recepción hay mucho ajetreo, un grupo de personas se encuentra hablando de pie, en el centro de la sala, hablando con pinta de ser los responsables del hotel: entre ellos veo al señor Castelo de la editorial y me acerco a él.

—Buenas tardes, parece que está todo muy revuelto, ¿van a cancelar el evento?

—Buenas tardes, no, el evento no se puede cancelar es demasiado importante, un lanzamiento mundial. Siento mucho todo lo que ha tenido que pasar, la animo a descansar un poco en su habitación. Todo estará

bien. Disculpe. —Alguien le llama desde el mostrador y abandona la conversación para ir allí.

Quizás tenga razón, necesito un poco de descanso por una vez. Llevo demasiadas emociones intensas en tan poco tiempo. Subo a la habitación sin poder evitar sentir un escalofrío al pasar por la puerta de Manuel antes de llegar a la mía. Me doy una larga ducha y salgo arropada por un batín para estirarme en la cama. Doy un vistazo a la mesita de noche y siento que algo no me cuadra.

Me incorporo y me acerco a la mesita. Esto no puede ser. En lugar de dos libros, hay tres. Aparto los míos y observo el que estaba debajo de ellos. Me caigo hacia atrás, sentándome de golpe en la cama.

Kosma mesagô reza el título. No puedo creérmelo. ¿Han decidido quizás entregar los ejemplares reservados antes del evento para que podamos avanzar su lectura?

Lo tomo en mis manos y le doy un vistazo volteando a un lado y a otro. Diferentes sensaciones se apoderan de mí: por un lado ardo de interés por leerlo, pero por otro lado un miedo irracional a que los rumores sean ciertos hacen que un escalofrío recorra mi columna.

Finalmente mis dedos abren la portada e inicio la lectura con la sensación de que no acabará bien.

Capítulo 4

Llegó el día

Comienzo a leer el ejemplar que tengo en mis manos, con una mezcla de curiosidad y escepticismo. He de reconocer que el inicio es increíble, engancha desde las primera líneas.

El estilo es ágil y las premisas iniciales te atrapan sin que puedas remediarlo; hacía tiempo que no leía algo de una calidad tan alta. Sin darme cuenta devoro páginas y páginas mientras comienzo a angustiarme por las ideas planteadas sobre el mundo que nos rodea, aun así continuo leyendo compulsivamente, necesitando ver cómo se desarrolla el mensaje, cómo las piezas van encajando en mi cabeza y el vello se me eriza ante tales supuestos.

Hacia la mitad, aproximadamente, el autor hace una pausa para reafirmar que todo lo indicado previamente es completamente cierto e invita al lector a efectuar unos sencillos y rápidos ejercicios, que supuestamente abren la percepción y con los que pretende demostrar su seriedad antes de proseguir con la lectura.

Esos ejercicios propuestos son más bien tontos en apariencia y no requieren ni un momento ni un lugar apartado para hacerlos. Básicamente la idea es que nuestros sentidos están percibiendo constantemente un caudal inmenso de información a la vez en cada instante, pero que nuestro cerebro bloquea una buena parte para centrarnos exclusivamente en los más importantes y evitar que colapsemos interpretando tanta información de golpe. Casi inconscientemente realicé dichos ejercicios según iba leyendo las propuestas, por desgracia parecen ser muy efectivos y enseguida noto cómo se abre mi percepción, pudiendo sentir algo que antes no notaba.

Ese algo que hace un momento no percibía, está por todas partes fluyendo de un lado a otro, como si fuera el polvo que ves flotando en el aire cuando entra un rayo de luz por la tarde; pero en este caso se siente como algo que no debería estar ahí, antinatural, casi maligno. Quiero dejar de verlo, cierro los ojos y sacudo la cabeza, pero ya no puedo dejar de percibirlo.

Desesperada retomo la lectura, ahora necesito respuestas; mis dedos deslizan las páginas a gran velocidad mientras me sumerjo en lo más profundo del relato, cada vez más oscuro, más frío, más profundo. Se me entumece la mano que iba a avanzar otra página cuando me doy cuenta

de que estoy a punto de adentrarme en el último capítulo.

Seguramente esta parte final fue la que hizo que Manuel y otras personas decidieran acabar con su vida. Me tiemblan los brazos y mi mano, poco a poco, va levantando la hoja desde su esquina inferior para avanzarla. De golpe reúno fuerzas, lanzo un pequeño grito y el libro sale volando estampándose contra una pared.

La novela cae ruidosamente en algún lugar debajo de la mesita de noche. Me quedo inmóvil, sentada, mirando las tonalidades cambiantes del horizonte a través de la ventana mientras esa fuerza entra fluctuando y llenando la habitación con su presencia. Sé que a partir de ahora me acompañará toda la vida.

Los ruidos afuera vuelven a ser intensos, esta vez mucho más que en los días anteriores. Me levanto de la cama para asomarme por la ventana, ahora el gentío de manifestantes llena toda la plaza. Me cambio y bajo a la planta de recepción.

En la sala del recibidor se oye más fuerte el ruido de las protestas. Veo a varios trabajadores del hotel vigilando la puerta de acceso a la sala del evento para evitar cualquier problema de seguridad. Salgo al exterior, un cordón de policías separa el gentío de manifestantes del acceso al hotel.

Me abro paso y comienzo a dar vueltas entre la cada vez más tensa masa de gente. Tengo una intuición, sé que él estará por aquí entre ellos. Efectivamente no tardo mucho en ver la cara de mi perseguidor de días anteriores y me acerco sin pensarlo.

—Tenías razón —le digo cuando me miró sorprendido— voy a hacer algo, pero necesito que me ayudes. El evento está vigilado.

Asiente y desaparece entre la gente. Retorno al interior del hotel mostrando mi acreditación a los agentes de modo que puedo entrar sin ningún problema por la barrera de seguridad. Tan solo al dar los primeros pasos en el suelo del recibidor noto como el ruido se incrementa, la tensión aumenta en la masa jaleada, percibo gritos descontrolados y comienza una lluvia de objetos contra los agentes y la fachada.

El personal del hotel se amontona en las ventanas y puerta para no perderse el espectáculo. Aprovecho la ocasión. Camino silenciosamente hasta la barra y tomo una botella de alcohol. Después voy a la puerta de la sala amparada por el ruido exterior y paso por encima del cordón de acceso con cuidado de no tropezar. Una vez dentro voy hacia el fondo con total impunidad, avanzando por un pasillo entre las hileras de asientos. Allí una mesa con una montaña de ejemplares me aguarda. Derramo el contenido de la botella sobre los ejemplares y la dejo encima de la pila de libros. Enciendo mi mechero de gasolina y lo dejo caer. Todo arde al

instante. Un par de trabajadores entran alarmados, uno provisto con un extintor. Me hacen a un lado y uno de ellos comienza a sofocar las llamas. En una fracción de segundo tomo una de las sillas y le golpeo con todas mis fuerzas en la cabeza, cayendo este al instante al suelo junto con el extintor. Su compañero se gira y me mira horrorizado. Varios brazos me atrapan por detrás y me empujan arrastrándome por la sala; poco a poco veo como las llamas crecen y pequeñas cenizas levantan el vuelo. Lo he conseguido.

La luz asoma tímidamente entre las rejas de la ventana junto con esa maldita presencia, que cada vez siento más intensamente. Ojeo de nuevo las noticias del periódico a falta de algo mejor que hacer. El desastre de la presentación y los misteriosos eventos que llevaron a que no pudiera presentarse generaron una expectación increíble que subió la demanda de la obra Kosma mesagô; de modo que se tuvo que ampliar la tirada de la primera edición que fue un éxito rotundo a nivel mundial, rompiendo todos los récords de cualquier otra obra literaria en su presentación. Una débil sonrisa de resignación se dibuja en mi cara. Miro a la puerta de la celda, hace días que no se abre; quizás ya no haya nadie más al otro lado. Llevo varios días sin dormir y estoy extremadamente cansada. Se me nubla la visión y me desvanezco cayendo de la silla y dándome un fuerte golpe en la cabeza. Ahí estoy, agotada, desparramada en el suelo sin poder incorporarme. Veo algo un poco más adelante de mí, justo debajo de la cama. Con mis últimas fuerzas me arrastro por el suelo hasta alcanzarlo. Estiro un brazo, lo tomo y lo acerco a la cara.

—Cómo no —consigo murmurar.

Kosma mesagô dice el título del libro que tengo en mi mano. Abro la obra hasta posicionarme al principio del último capítulo. Las manos me tiemblan y un sudor frío recorre mi frente.

Avanzo la página y me adentro en el que, sin duda, será mi último viaje literario.